

LA BANDERA RADICAL.

REVISTA SEMANAL DE INTERESES GENERALES

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR—CÁRLOS MARIA RAMIREZ.

SUMARIO DEL NUMERO 4^o

Ayer y hoy (Reproduccion).....	POR GREGRIO PEREZ GOMAR.
Bases generales de pacificacion	POR CARLOS MARIA RAMIREZ.
Las dos fracciones.....	POR EMILIO ROMERO.
La ostentacion del fratricidio.....	POR CARLOS MARIA RAMIREZ.
Oídnos y medítad.....	POR JABOEO A. VARELA.
Una cartita al Sr. Dn. José Cándido } Bustamante.....	} POR CARLOS MARIA RAMIREZ.
El antecedente histórico de la idea } radical (Documento de 1852).....	
La palabra de un patriota.....	
Los Palmíres (Continuación).....	POR CARLOS MARIA RAMIREZ.

Revista de la Semana y sueltos diversos.

Ayer y hoy.

En los primeros días de Diciembre de 1869, es decir, hace poco mas de un año, el Dr. D. Gregorio Perez Gomar escribió sobre la situación, y el porvenir de la República Oriental, un artículo que pasó desapercibido y estéril, como la voz que predica en el desierto!

Un diario de Montevideo transcribió en sus columnas ese artículo, pero muy pocos lo leyeron y nadie quiso darle la mas mínima importancia.

¿Podían acaso preocupar á nadie las ideas que no se presentaban con divisa colorada ni con divisa blanca?

Aquel artículo pasó, pero no han pasado todavía las grandes verdades que se contenían en sus concisas líneas.

El Dr. Perez Gomar parece haber escrito entonces bajo el imperio de una vision profética, señalando el único camino y el único hombre que podían preparar la nueva época sin transición y sin violencia—señalando los errores que podían venir á destruir la última esperanza de los orientales.

La voz del que clamaba en el desierto, fué desoída y despreciada.

Todos se presentaron asidos al viejo estandarte de las luchas fratricidas, y así el esfuerzo de una generosa propaganda escolló por la estrechez del símbolo del pasado, que se persistió en imponer á las grandes aspiraciones del futuro.

Como consecuencia de tan lamentable ceguera vino la revuelta armada, cuya imagen aterraba el pensamiento del Dr. Perez Gomar.

En vez de la paz reparadora y fecunda, hemos tenido la guerra que acaba de destruir nuestros elementos y nos entrega indefensos á las incidiosas acechanzas del Brasil.

La guerra, que aumenta la dispersion de las familias, y que puebla los bosques con todos los que abandonan el hogar.

La guerra que ahoga en sangre el escaso sudor con que regábamos la tierra.

La guerra que nos arrebató las divinas leyes, para inocularnos una jurisprudencia de odios y de sangre.

La guerra que nos impide vivir decentemente y nos obliga á despedazarnos como fieras carnívoras.

Cuanto nos hemos alejado del camino de salvacion, y cuanto mas difícil es volver á tomarlo nuevamente!

Han cambiado las circunstancias, y lo que antes pudo hacerse fácilmente por el curso natural de las ideas, por la fuerza virtual de la opinion, hoy será difícil realizarlo con todas los esfuerzos de una propaganda activa y de una lucha enérgica; pero el fondo de las cosas permanece siempre el mismo, y la palabra del Dr. Perez Gomar tiene la oportunidad de antes, y la tendrá sin duda mientras dure esta subversion moral, esta destruccion volcánica, esta carniceria de hienas en que se debate agonizante la República.

Oigamos lo que decía el Dr Perez Gomar en Diciembre de 1869.

LA REPÚBLICA ORIENTAL.

Ante la situacion porque ha pasado y pasa la República Oriental, talvez sea inexplicable el silencio de los hombres que aman de veras esa desgraciada patria, que se han preocupado siempre con su suerte y que dedican su inteligencia al estudio de los medios que puedan emplearse eficazmente para su regeneracion.

Pero si al mismo tiempo se considera que es desencantador considerar el extravio de los hombres, su empecinamiento en la vida estrecha y mezquina de los circulos, su servil adherencia á las nefandas tradiciones de un pasado sangriento, ese silencio, que injustamente se interpretaria por indiferentísimo, no solo tiene su explicacion sino tambien una sancion honrosa.

Pensar en la regeneracion de la Patria importa concebir un plan de política activa, porque ni del acaso ni del atropellamiento puede surgir tan grandioso resultado.

Concebir un plan de política constitucional, elevado y justo, impor-

ta contar con los elementos de realizarlo, y estos elementos deben estar inspirados en la santidad de estas miras, porque el principio de obtener un buen fin por buenos medios, no es solo un principio moral, es tambien un axioma de lójica, y la pena inmediata de su infraccion es arribar á extremos distintos de los que se propusieron.

Pero un plan político tiene por elementos á los hombres: sin hombres no hay política.

¿Y cuales son los hombres á quienes puede confiarse hoy la suerte de la República Oriental?

¿Serán los que han figurado y figuran? ¿Serán los que luchan y se agitan hoy por figurar? ¿Serán los que ni han figurado ni se ofrecen?

Los primeros se han dividido en bandos, bandos que en su orijen no tuvieron otra causa que simpatias personales—Su historia contemporanea no puede ser negada ni adulterada.—Despues de jurada la Constitucion, Lavalleja inició un movimiento—Primer partido, formado de los que esperaban elevarlo para elevarse ellos y aprovechar de la situacion.

En seguida Rivera, dá la segunda edicion de este movimiento para derrocar á Oribe, que mas tarde le devuelve galantemente el cumplimiento.—Inútil es decir, cuanto cuestan al país estas galanterias; esto no solo lo sabrán todos; sino que pocos habrá que no lo hayan llorado amargamente.

Estos partidos personales, ajenos á toda idea y plan político, pues hasta sus denominaciones son huecas y estúpidas, han recorrido sucesivamente situaciones distintas.—A veces uno y otro han pisado un buen terreno, defendiendo un principio; pero sin conservarse en él, han vuelto á la misma confusion, al mismo desorden y á la misma ausencia de principios.

Cada uno invoca estas tradiciones para proclamar su superioridad contra el otro, pero sin recordar que si alguna vez defendieron un principio, el hecho quedó ya consumado, y no puede volver á ser la base de un sistema político.

Política fundada en tradiciones, por santas que estas fueran, seria la política de los Chinos, no de hombres progresistas, que no adoran el pasado ni se estacionan en él, ni marchan hácia el porvenir con los harapos de otros tiempos por bandera, ni proclamando sus méritos por programa.

Los hombres que han figurado y figuran hoy,—que no se han desprendido de sus errores de partidarios, no son pues capaces de realizar el plan político de la regeneracion de la Patria; por mas competentes y honrados que sean, su programa lo hemos de buscar en los hechos, que son la garantía de su cumplimiento, y no en sus palabras.

Entre los hombres que se ofrecen hoy y que parecen valientemente resueltos á acometer la empresa de la rejeneracion, no vemos uno solo que empiece por tener el valor de quebrar con esas tradiciones, de repudiar esa mezquina influencia de partido; todos se presentan asidos al viejo estandarte de las luchas fratricidas, y sin mas programa que la reproduccion de las mismas escenas del pasado.

Tampoco pueden estos hombres garantizar la realizacion de tan elevados proyectos.

Los hombres que no han figurado en política son una reserva preciosa, que debe conservarse para los dias de reconstruccion. No son propios para estos momentos de resistencias que gastan, de odiosidades que postran, de luchas que pueden envenenar el corazon mas puro.—Estos hombres deben á su patria el sacrificio de la abstencion—Jóvenes aun, maduren su juicio, robustezcan su inteligencia con el estudio, témpense en la desgracia y en la esperiencia de los sucesos; talvez asi mañana aparezcan estadistas, que no los hay ni ha habido; diplomáticos... mas diplomáticos hábiles para conocer y desechar las intrigas, pero de corazon fuerte para no emplearlas; que reconozcan que el fin de la diplomacia debe ser desarmar las pasiones, procurar la paz y disminuir los conflictos con razones y con prudencia.

Si una falanje inteligente llega á conservarse asi en medio de la confusion de hoy y de las resistencias que haya que vencer mañana, irá necesariamente á desplegar sobre las ruinas del pasado la soberbia construccion del porvenir.

Entre tanto, la República Oriental necesita un hombre que salga de ese pasado con algun prestigio, que sea reconocido por los que han sido actores en él y que pueda convocarlos con la autoridad de la inteligencia y de la esperiencia á preparar la marcha progresista y redentora.

Un hombre cuya enerjia acalle las pretensiones de los unos aliente las justas aspiraciones de los otros, un hombre que haya evocado en la desgracia los recuerdos del pasado y que entregado al afán del trabajo haya concebido las esperanzas del porvenir.

Este hombre que debe presidir la época intermedia entre el pasado y el porvenir, debe sujetar el torrente que invade para dejar hollar el terreno que defienda, afortunadamente existe y mas afortunadamente aun, parece que comprende su mision.

Este hombre es el ciudadano Oriental D. José Maria Muñoz.

Sus cualidades son relevantes y aparentes para el destino que le marca el cielo.

Inteligencia clara, recta y severa como la de un Espartano, concibe las ideas politicas con admirable precision, las espone con sencillez y

claridad; lógico intransigente, podria esto ser un peligro si la suavidad de sus sentimientos no templase el rigor de sus deducciones.

Atravesó la voráGINE del pasado sin mancharse ni en el lodo de las mezquindades, ni en la sangre de sus compatriotas.

Ciudadano probo y delicado, jamás quiso aceptar un puesto elevado, despues de los movimientos á que concurrió.

Alma tan fuerte y tan noble como la de Caton, pero superior á este en su resignacion cristiana y en conservar la esperanza del porvenir de su patria.

Tal es el hombre destinado á salvarla, si él cumple su mision, como creemos que lo hará, fundándonos en el hecho de que piensa regresar á esa desgraciada tierra que hoy todo lo espera de sus esfuerzos.

Pero para realizar tan grande mision es necesario que este ciudadano empiece por hacer el sacrificio que talvez le cueste mas, por desprenderse de sus afecciones de partidario,—por inspirarse en el designio que debe cumplir.

Y por difícil que sea este sacrificio, lo hará porque su clara inteligencia le demostrará que solo asi puede salvar á su pais. ¿No le hemos visto dar la espalda á los planes de invasion fraguados por D. Venancio Flores á nombre de su partido y cuando todos sus demas correligionarios se alucinaban con la empresa?

No, los hechos justifican la esperanza que concebimos sobre este hombre—Es él quien abrirá las puertas de la Patria á la aurora del porvenir y es despues que los jóvenes de la nueva generacion deben entrar á ese templo á consagrar las reformas de la civilizacion.

El patriotismo de todos los ciudadanos, sean cuales sean sus antecedentes y sus clasificaciones, está en reconocer lo que los sucesos mismos señalan. En abstenerse los unos, en esperar los otros, en coadyuvar todos á que se produzca en la opinion el convencimiento de que no nos conviene cambiar de situacion por medios violentos.

El Brasil está á nuestras puertas y una revuelta mas acabaria de precipitar la absorcion de nuestra nacionalidad. El Brasil es un monstruo que se alimenta de la sangre que derramamos en nuestras luchas intestinas; la monarquia es una prostituta que se enseñoorea con nuestros escándalos, el Imperio es un sarcasmo que se sostiene por nuestras absurdidades politicas y económicas.

Paz para crecer en elementos y defendernos de las insidiosas acechanzas del Brasil.

Paz, para que las familias dispersas vuelvan á la patria y para que los que huyen en los bosques vengan á formar hogar.

Paz, para lavar la sangre que empapa la tierra, con el sudor de nuestras frentes.

Paz, para rendir culto á Dios y practicar la moral evangélica en el amor del prójimo.

Paz, por último, para vivir decentemente, como seres civilizados y no como fieras carnívoras.

El pueblo oriental queda pues en la expectativa de una gran esperanza.

Vuelve á su seno el hombre que puede preparar la nueva época sin transición y sin violencia.

No falta mas sino que todos los ciudadanos lo aclamen, lo eleven y confíen en él como en el único hombre que los sucesos dejan en pié para esta obra regeneradora.

Cualquiera que desconociendo estas verdades, cruzase la marcha de los sucesos con un motin ó una revuelta, con una invasión ó con una coalición, seria maldito y execrado, seria indigno de ser miembro de la familia oriental, porque traicionaria la última esperanza que nos quedaba.

Hemos cumplido nuestro deber rompiendo el silencio á que nos habíamos condenado, haciendo un breve paréntesis á nuestras tareas cotidianas.

Hemos espuesto con sinceridad nuestras convicciones, y réstanos ponerlas al abrigo de contrarias interpretaciones.

No porque las temamos, sino para desvanecer cualquiera aprension que se suscitase contra ellas, en perjuicio del convencimiento que buscamos.

Nosotros jamás hemos hecho la opolojia de un hombre y si presentamos este ciudadano con los relieves que merece, no es por consideracion al hombre, sino por respeto á los sucesos que lo encaminan á un fin del cual no quisiéramos verlo apartado.

Y para probar la lealtad de nuestro proceder, contraemos solemnemente el compromiso de atacar enérgicamente á ese mismo ciudadano, si desgraciadamente no realizase las esperanzas que el pueblo Oriental debe fundar en él, de anticipar para el Tribunal de la historia esta terrible asusacion contra su persona—"Los sucesos lo llamaron á hacer la felicidad de su patria y fué sordo á ese clamor, truncando la única esperanza de su porvenir."

G. Perez Gomar.

Bases generales de pacificación.

I.

Aunque nuestra voz haya de predicar en el desierto, seremos incansables para condenar la guerra de los bandos y enaltecer la soberanía del pueblo.

En la guerra de los bandos, no vemos sino la miseria, la degradacion, la muerte de los orientales.

En la soberanía del pueblo, divisamos la prosperidad, la dignificación, la gloria de la República.

En la prolongacion de la guerra, y en el término de la guerra por la guerra, vemos otra vez la libertad bajo las plantas de algun caudillo vencedor, y la independencia arrastrada una vez mas ante las gradas del trono del Brasil.

En la pacificación inmediata y en la apelacion sincera á la soberanía del pueblo, divisamos la libertad triunfante como inviolable patrimonio de todos los hombres que habitan nuestro suelo, y la independencia solemnemente consagrada y defendida por la voluntad de todos los orientales unidos en esa aspiracion suprema de la autonomia nacional.

Nuestra eleccion esta hecha!

Anatematizamos la guerra de los bandos y enaltecemos la soberanía del pueblo.

Otros se abrazen al espectro lívido de la muerte, y se revuelquen gozosos en el inmenso lago donde se confunde la sangre de tres generaciones desgraciadas.

Nosotros evocamos al ángel ruseño de la vida, y en sus alas nos lanzamos á los sublimes horizontes de la paz y de la fraternidad.

Que bella es la utopia, cuando nos hace abandonar la solidaridad culpable con un espectáculo desenfrenado y sacrilego!

¿Utopia, dijimos?

¿Es utopia la verdad, el bien, la democracia?

¿Solo es posible en la Patria de los Orientales, el sistema permanente de la proscripción y el esterminio?

¿Todas las contiendas civiles no tienen aqui mas solucion que la solucion de Quinteros ó la solucion de Paysandú?

Pobre pueblo si á tal estremidad se condenase á si mismo eternamente.

Mil veces pobre porque habria perdido la gracia del Señor y el aprecio de la humanidad entera.

Dicen que nuestra doctrina va *contra la naturaleza de las cosas*..... frase jesuítica y vacia, con la cual pretende el refractario declinar la responsabilidad de los obstáculos que su voluntad opone al triunfo de la verdad y la justicia.

Tengan los partidos orientales un movimiento de abnegacion y de virtud; en vez de partidos brasileros sean partidos orientales, y la *naturaleza de las cosas* traerá inevitablemente el reinado de la soberanía del pueblo.

Decline cada partido la pretension monstruosa de ejercer exclusivamente los derechos naturales y políticos; convengan los partidos en que la patria es de todos, para todos, y entonces no habrá ya motivo alguno para conservar las armas que solo pueden dar dominacion á los unos y esclavitud á los otros.

La autoridad está acéfala, porque no hay gobierno que la ejerza á título lejítimo, ni revolucion que la reivindique con poder bastante.

Por todos lados, la fuerza nos oprime y nos usurpa.

Hagamos que la soberanía del pueblo funde la autoridad del derecho, á que todos presten juramento de obediencia y de respeto.

Las instituciones se encuentran completamente desquiciadas y anudadas por una perpétua sucesion de violaciones y de escándalos.

El código de 1830 es letra muerta, cuando no el pretexto de atentados y desmanes inauditos.

La Constitucion no existe sino como precedente histórico, y mal precedente histórico; lo declaramos sin amenguar por eso la gloria de los patriotas que aceptaron para evitar mayores males, algunas imposiciones de la fuerza,—mal precedente histórico, porque sanciona la intervencion de las naciones extranjeras en la promulgacion de nuestra ley interna, preparando así el terreno á su intervencion futura en las complicaciones de la política militante.

Hagamos entonces que la soberanía del pueblo dicte una constitucion armonizada con los adelantos del derecho político y con las palpitantes necesidades del Estado; una constitucion que no sufra la ignominia de pedir audiencia en el palacio del Emperador del Brasil.

Que el pueblo recupere la plenitud de sus destinos.

Que el pueblo se dé su autoridad.

Que el pueblo se dé su misma ley.

Esto es lo que quieren los defensores de la *Convencion Nacional*, para dirimir las cuestiones que la guerra no puede ni debe resolver en ningun caso.

Todos estarian representados en esa gran asamblea popular.

Los desheredados de la ciudadanía,—los que han peleado, los que mueren, pero que no pueden segun la ley antigua tomar parte en la vida política del Estado, recuperarán su dignidad y su voto.

Solo la soberanía puede poner límites á la soberanía.

Su primer manifestacion no tiene mas limite que la razon natural y el derecho primitivo.

Todos los orientales con uso de razon tendrán su voto.

Votará el pobre, el ignorante y el soldado, que son la mayoría de la nacion y que antes no tenian los medios de trabajar por emanciparse de la servidumbre y la miseria.

Todos serán electores, y todos serán elegibles, porque solo el sufragio puede poner límites al sufragio.

Los que antes, por la ley antigua, estaban escludidos de la representacion irán á ella si el pueblo les diera tal honor.

Todas las clases de la sociedad tendrán su delegado augusto en la asamblea que fijará para siempre los destinos de la Nacion Oriental.

Esto es grande, democrático, glorioso.

Esto eleva el alma á la contemplacion de un pueblo que se levanta de la postracion y de la infamia, para regenerarse con la libertad, con la virtud, con la abnegacion patriótica, con el trabajo moral de las ideas, con la solemne consagracion de los principios.

Esto coloca á la República Oriental en la gran crisis revolucionaria y popular que han sufrido todos los pueblos libres de la tierra, para dar á su existencia los incommovibles cimientos del derecho, de la justicia y de la civilizacion.

II.

La *Convencion Nacional* es la única solucion lejítima de todos los problemas sociales y políticos que agitan á la República Oriental.

La única solucion lejítima y la única solucion posible.

Toda la dificultad estriba en la organizacion de un gobierno que garantice la libertad del sufragio á todos los partidos y á todos los ciudadanos.

Ya hemos demostrado, y es de la conciencia pública, que el Gobierno de don Lorenzo Batlle no puede corresponder á esos fines, por que seria un peligro para los colorados y una amenaza para los blancos.

La mision de don Lorenzo Batlle seria mas patriótica y mas alta, si tomase en sus manos la bandera de la *Convencion Nacional*.

A su iniciativa, podria deberse desde el primer momento, un gobierno de origen popular y democrático, popular y democrático en cuanto lo permitan las circunstancias extraordinarias del pais.

Don Lorenzo Batlle podria dirigirse á los ejércitos y decirles que un armisticio solemne quedaba desde ese momento proclamado.

En seguida al ejército del partido colorado, le diria:

«Sois una reunion de ciudadanos armados y cada uno de vosotros tiene derecho á tomar parte en el gobierno del pais. Una *Convencion Nacional* donde todos sereis representados y podreis ser representantes, resolverá tranquilamente las cuestiones que la guerra no resolveria si no con el esterminio de los orientales y la muerte de nuestra nacionalidad—Sois de los mas comprometidos en la lucha de los antiguos partidos y necesitais una garantia respetable de que vuestros derechos no sufrirán ni traba ni limitacion alguna en los trabajos precursores de la

Convencion Nacional. Elejid, pues, en vuestro campo y en todos los puntos donde dominen vuestras armas, *uno de los triunviros* que deben formar el Gobierno de la reconstruccion nacional.

Y al ejército del partido blanco, le diria en seguida.

—Sois una reunion de ciudadanos armados y cada uno de vosotros tiene derecho á tomar parte en el gobierno del pais. Una *Convencion Nacional* donde todos sereis representados y podreis ser representantes, resolverá tranquilamente las cuestiones, que un triunfo material, imposible de vuestra parte, no resolveria sino con sangre, ruinas y vergüenza para la patria comun. Sois de los mas comprometidos en la lucha de los antiguos partidos y necesitais una garantia respetable de que vuestros derechos no sufrirán ni traba ni limitacion alguna en los trabajos precursores de la *Convencion Nacional*. Elejid, pues, en vuestro campo y en todos los puntos donde dominen vuestras armas, *uno de los triunviros* que deben formar el Gobierno de la reconstruccion nacional.»

Y á Montevideo, le diria por último.

—Eres la Capital de la República, y en tu seno se acojen elementos de los distintos partidos y á tu seno pueden volver todos los que no hayan tomado participacion armada en la contienda. Has tenido la iniciativa en el pensamiento de la *Convencion Nacional* y vives bajo la influencia de una gran fuerza de opinion, que no se afilia á ninguno de los antiguos bandos. Tú elegirás el último de los triunviros que deben formar el gobierno de la reconstruccion nacional, y crearás el poder moderador de las aspiraciones contrarias que cuarenta años de guerra civil han engendrado.

« Ejército del partido colorado, ejército del partido blanco y ciudad de Montevideo—para alejar toda sospecha de coaccion en vuestro fallo, eseluid de vuestras candidaturas al gefe que presida la eleccion en vuestro respectivo distrito electoral. »

Asi elegido el triunvirato, no por la combinacion secreta de los protocolos diplomáticos, sino por la voluntad deliberada de todas las fuerzas de opinion que cuenta el pais, D. Lorenzo Batlle le diria al entregarle el mando supremo del Estado:

« Sois el gobierno de la reconstruccion nacional. Vuestra primer tarea es desarmar á los partidos dejando solo aquella fuerza que sea necesaria á la conservacion del orden público. Vuestra mision es dirigir con la imparcialidad del magistrado honesto, esas elecciones generales en que el pueblo elejirá su Convencion. Quedan bajo vuestra custodia las urnas misteriosas de donde vá á surgir el porvenir de la República. Para asegurar mas y mas el fiel cumplimiento de vuestro mandato supremo debeis despojaros de todos aquellos medios con los cuales podriais ejer-

cer violencia ó corrupcion en los comicios. No podreis desterrar, ni encarcelar á nadie sino para iniciar inmediatamente un juicio, ni amonestar la prensa, ni cerrar imprentas; ni prohibir reuniones públicas, ni tener candidatos oficiales. No podreis servir mas deudas que las consolidadas, ni sancionar resoluciones ó contratos de efectos ulteriores, ni conceder ó quitar grados militares, ni crear ó suprimir empleos. Tendreis las manos atadas para el mal, y libres solamente para el bien—el bien, que será de vuestra parte la conservacion del orden público y la garantia de todas las libertades que hacen de la libertad de sufragio una verdad. Mientras el pueblo elije, vosotros, con el conocimiento inmediato de las necesidades del pais, preparareis los proyectos y reformas que deben servir de materiales á los grandes debates de la Convencion elejida. Sereis el gobierno de la reconstruccion nacional, porque habreis fundado el imperio de la soberania del pueblo y trazado el cuadro de sus decisiones futuras.»

Y proclamados estos principios hermosos, don Lorenzo Batlle—don Lorenzo Batlle ó el que le suceda—se retiraría á la vida tranquila del hogar con la íntima satisfaccion de la conciencia y con la bendicion unánime de sus conciudadanos.

En una solucion como la que dejamos bosquejada, (y otros pueden mejorarla; completarla ó rehacerla sobre mejores bases) no habria un solo derecho suprimido, ni un solo interes lejítimo agredido, ni una sola aspiracion honrada sin satisfaccion y porvenir.

El partido que rechazara las bases de una solucion semejante, confesaría de una manera paladina que solo quiere libertad y soberania y patria para él, exclusivamente para él; que se siente débil para luchar en los hermosos palenques de la democracia práctica y que por su propia voluntad se coloca fuera de los principios de la civilizacion moderna.

La paz es posible, si, posible!

No la busquemos con los medios sangrientos y feroces de la guerra, porque entonces tendríamos solo aquel sarcasmo del humorista fondero que en la muestra de su casa colocaba el letrero de la *paz eterna* sobre el cielo sombrío de un inmenso cementerio.

Busquemosla con los medios incruentos de la soberania del pueblo, y tendremos entonces la verdad de una paz estable y duradera sobre los hermosos horizontes de un pueblo que vive, que se dignifica y que progresa.

Carlos Maria Ramirez.

Las dos fracciones.

Hay un autor que ha dicho: «si se tuviera presente que la mayor parte de las guerras con que los hombres se han destrozado, en todas las épocas y en todos los países, han tenido por origen la confusión que reina entre ellos, sobre el significado que cada uno encuentra en una misma palabra, se vería de cuanta importancia no es empezar toda discusión con una definición clara y explícita de las palabras que dan motivo á ella. ¡Cuanta sangre y cuantas lágrimas no se habrían ahorrado á la humanidad si los hombres hubieran estado de acuerdo en el verdadero significado de las palabras!

¡Cuántas vanas discusiones hubiéramos visto desvanecerse con la clara luz de una definición!

¿No sería bueno que, puesto que estamos estudiando la cuestión, capital para nosotros, de los partidos, tratásemos de definir la palabra?

Después que tuviésemos una buena definición de lo que es un partido, podríamos deducir las consecuencias que de ella se siguen. Si esas deducciones resultasen contrarias á las opiniones que antes habíamos considerado como verdaderas, tendríamos ó que la definición había sido mal hecha; ó que la cadena de deducciones se encontraba interrumpida, y fácil nos sería ver cual era el eslabón que había fallado; ó que las opiniones que antes teníamos como verdaderas no lo eran.

En el primer caso deberíamos rehacer nuestra definición; en el segundo, levantar el obstáculo que nos había desviado del buen camino; en el tercero, abandonar nuestras viejas opiniones.

No conocemos otra marcha que deba seguir todo ser inteligente.

Permanecer en el error, por que en el error hemos nacido, no es digno de la elevada misión que el hombre debe ejercer sobre la tierra.

Cerrar los ojos á la luz de la verdad, porque la verdad puede destruir las ilusiones en que nos hemos mecido desde la infancia, es una acción cobarde, que hace del hombre un eterno prisionero, aherrojado con las pesadas cadenas de la preocupación y del error.

La verdad trae en sí misma el jérmén de vida que da al espíritu nuevas y vigorosas fuerzas, y el bálsamo que cura las heridas que ella misma ha abierto en nuestras almas.

¿Qué es, pues, un partido político?

« Un partido político, se nos dice, es una congregación de hombres unidos entre sí por el lazo invisible de una idea común, de una misma aspiración, de un idéntico propósito. »

De aquí se infiere, que no es necesario que los partidos se formen, « bajo la base de la pureza absoluta de los afiliados; » que esto es « una

quimera inocente; » que « lo que constituye en realidad el partido no son los hombres, los instrumentos, sino las ideas que lo animan y le dan movimiento; » que basta que esos hombres, esos instrumentos, tengan « una idea común, una misma aspiración, un idéntico propósito, » para que se encuentren formando parte de un mismo partido. Pero se deduce también, que todos los hombres que no acaten una idea común; que todos los que no tengan las mismas aspiraciones, que todos los que no sean movidos por un idéntico propósito, no pueden, de ninguna manera, formar parte de un mismo partido político. Se puede aceptar que haya partidarios más ó menos tibios, más ó menos exaltados, pero es preciso, como condición previa, que abracen la misma bandera y que sean movidos por las mismas aspiraciones y propósitos.

Sí, pues, hay hombres que no tan solo no acatan la misma idea, sino que tienen conocidamente la aspiración y el propósito de combatir y de coartar las aspiraciones y propósitos del partido, esos hombres no tan solo no deben formar parte de ese partido, sino que deben ser espulsados de su seno. Se comprenderá que pueda haber una asociación de obreros, entre los cuales hayan algunos más ó menos activos y trabajadores; pero no se puede comprender que formen una asociación dos grupos de obreros, de los cuales uno destruye durante la noche lo que el otro ha edificado durante el día.

Dos grupos, pues, de hombres que tienen ideas, aspiraciones y propósitos distintos, forman dos partidos diferentes, perfectamente separados y definidos.

Designar esos dos grupos de hombres con un mismo nombre es un motivo de confusión que debemos evitar.

Y por eso vemos, que todos los partidos, cuando se desprenden del tronco en que estaban antes ingertados, buscan, ya en el nombre de alguno de sus jefes, ya en el local donde tienen sus primeras sesiones, ya en el nombre de algunas de las ideas que preconizan, una denominación que los distinga y los separe de los otros partidos.

Operación es esta más fácil que obligar á los partidarios prevaricadores á que abandonen una denominación que les sirve de escudo y de pantalla.

Hay más aun.

Al rededor del nombre de un partido, se agrupan no tan solo las ideas y principios que ese partido ha defendido, sino que también todos sus actos, buenos y malos, de su vida política. Por eso, todo partido que quiere formar prosélitos, á mas de sus antiguos partidarios, entre todos los hombres independientes, ó entre los descontentos, que nunca faltan, de los otros partidos, buscan por un secreto distin-

to, á purificarse de las manchas que el trascurso del tiempo echa inevitablemente sobre todo lo que es humano y pasajero.

No tenemos que llevar muy lejos nuestra vista, para cerciorarnos de esta verdad.

Ahi están las agitaciones electorales de la ciudad vecina, la única, es preciso confesarlo, donde hasta ahora, el sufragio no es una farsa ridícula.

Para cada eleccion, nacen nuevos club, nuevos partidos, con nuevas denominaciones.

Primero, pandilleros y chupandinos; despues, crudos y cocidos; etc.

Y no se crea que esos partidos no son sino los mismos grupos de hombres que cambian de denominacion.

No.

Los que antes habian militado en partidos opuestos en la primera eleccion, se encontraban reunidos en la segunda y tal vez separados en la tercera.

La razon de este fenómeno está, en que, en medio de las ideas primordiales, de los principios eternos, á que cada hombre rinde culto en el altar de su corazon, se mezclan los intereses pasajeros del momento, que separan y dividen á los hombres, no segun la ley de los principios generales, sino segun los fines particulares á quien responden cada una de esas elecciones.

Una vez es la cuestion de la capital. Los unos quieren la capital en Buenos Aires, los otros la quieren en el Rosario.

Otra vez, es la eleccion de un magistrado, que unos creen mas propio para el desempeño del alto puesto que se le confiara, y tal vez tambien por un sentimiento de ambicion menos puro y legitimo, y que otros combaten por razones radicalmente opuestas.

En esio, los dos principios mas antagónicos que puede haber en las opiniones de los hombres, los progresistas y los retrógrados, los hombres del futuro y los hombres del pasado, pueden encontrarse mezclados y confundidos en dos partidos opuestos.

No todos los progresistas pueden creer que sea bueno el cambio de capital, ni todos los retrogrados estar de acuerdo con el nombramiento del mismo magistrado. ¿Qué acto mas elemental y sencillo que, de esos cuatro grupos, que espera un caso particular, se forman dos grandes « congregaciones con una idea comun, una misma aspiracion, un idéntico propósito ? »

¿Puede nadie calificar esto de fusion ?

Y si esto es fusion. ¿Puede nadie sostener que sea esta una « fusion inmoral ? »

Metiéndonos, ahora, entre « el barro y la sangre » en que se encuentran sumerjidos nuestros partidos políticos vamos á ver á la luz de estos principios si su composicion responde á la definicion que nos ha servido de punto de partida.

Es decir: si no hay en cada uno de ellos dos fracciones que acatan ideas radicalmente antagónicas, que tienen distintas aspiraciones, que llevan en la lucha propósitos diametralmente opuestos.

¿Qué necesitamos para ello?

Basta solo hojear la prensa periódica en estos últimos seis años.

En ella encontraremos claramente establecido que en el partido colorado hay una fraccion que quiere: « el régimen de las instituciones; y « otra el atropellamiento de todos los derechos del hombre. » Que hay una fraccion que trabaja por « el imperio de la ley y el reinado de la libertad »; y hay otra que quiere establecer « el imperio del caudillaje y la prepotencia personal. » Que hay una fraccion que defiende « la coexistencia de los partidos »; y otra que trabaja por « el dominio esclusivo de un partido. » Que hay una fraccion que busca « en los grandes dogmas de la democracia, en el gobierno del pueblo por el pueblo, en la lucha leal de la prensa, de la tribuna, de las asambleas populares y del sufragio, » la realizacion de su ideal; y que hay otra fraccion, que desconoce esos santos dogmas, que oprime al pueblo, que amordaza la prensa, que destierra á sus tribunales, que viola las elecciones y que hace de las asambleas populares un instrumento de dominacion y de oprobio.

¿Pueden confundirse bajo una misma denominacion estas dos fracciones?

¿Cuál es el « lazo invisible » que las une?

¿Donde está « la comunidad de ideas, la igualdad de aspiraciones, la identidad de propósitos ? »

Nosotros no encontramos nada de eso. Nosotros vemos, en esas dos fracciones, dos partidos distintos y opuestos. Dos partidos que no tan solo no podrán caminar nunca juntos, sino que tendrán que estar en lucha constante. Dos partidos que no pueden unirse, por que la opresion y la libertad, digase lo que se quiera, no pueden cobijarse bajo el mismo techo.

¿Cuál de esas dos fracciones es mas numerosa?

No estamos en el caso de poderlo establecer. Pero es indudable que entre los dos extremos podrá establecerse, como sucede en todos los paises y con todos los partidos, una gradacion infinita; que en el fondo encontraremos una multitud de seres incientes, que echándose, ya á un lado ya á otro, hagan inclinar la balanza á favor de una de las dos fracciones.

¿Y no encontraremos los mismos elementos, las mismas tendencias, las mismas luchas en el partido blanco? ¿No encontraremos en unos la misma aspiración al bien, los mismos deseos de felicidad y prosperidad de su patria, el mismo culto a las instituciones y las leyes? ¿Y en los otros las mismas tendencias al mal, al dominio del caudillaje, a la prepotencia personal? ¿Y no encontraremos también, que no hay ningún lazo, ningún vínculo, legítimo y moral, que pueda unir a esos elementos tan distintos y opuestos?

Nosotros así lo creemos.

Creemos que durante muchos años hemos venido persiguiendo una quimera, hemos sido víctimas de una alucinación, hemos buscado en el mismo elemento las armas con que queríamos derrocar a nuestros enemigos, y después del triunfo nos hemos visto víctimas de nuestra propia locura.

Resultados son esos de los « pactos inicuos, de las fusiones inmora-les. » Y no nos referimos a fusiones entre blancos y colorados, aludimos a los pactos y fusiones entre los elementos contrarios de cada uno de los dos partidos.

Está, pues, a nuestro modo de ver, perfectamente demostrado, si nos atenemos a nuestra definición, que la República Oriental está dividida en cuatro partidos, de los cuales, cada uno acata una idea especial, tiene una aspiración propia y propósitos recíprocamente contrarios.

¿Cuáles de esos partidos tienen más puntos de homogeneidad?

¿Lo será acaso el elemento del caudillaje y el elemento de orden y de progreso; el elemento de opresión y el elemento de libertad? La fracción que defiende los principios y la fracción que los conculca todos; la fracción que quiere el imperio de la ley y la fracción que trabaja por la prepotencia personal? En caso de una unión, pacto ó fusión, cual es la más moral y legítima?

Demos, ahora, como sentado, que una sola de las cuatro fracciones ó partidos, representa el orden, el progreso, la moral, la libertad; que las otras tres son diversas modificaciones de un mismo elemento, que representan con diversos tintes la desmoralización, el caudillaje, la anarquía, la opresión, el principio autoritario, el despotismo.

Nosotros queremos probar que cualquier argumento que se aplique para rechazar a una de las tres fracciones, puede aplicarse para rechazar a las otras dos; que cualquier razón que se aduzca para unirse con una de las tres fracciones puede aducirse también para unirse con cualquiera de las otras dos.

¿Qué se les puede decir?

Por una parte no queremos pacto, no queremos fusión. Todo pacto es inicuo, toda fusión es inmoral.

Si nosotros entramos de buena fe en un convenio, quien nos asegura, que más tarde no os volvais contra nosotros?

¿La experiencia, la triste experiencia, no nos ha mostrado que eso es así? ¿No hemos sido víctimas ya, más de una vez, de nuestro deseo de concordia, de paz, de fraternidad? ¿No estamos en este momento, al borde del abismo, por haber dado oídos a lisonjeras y engañosas esperanzas? No! El bien no se puede confundir con el mal! ¡En esa mezcla impura el mal lo absorbe todo y el bien desaparece! ¡El contacto de lo puro y de lo impuro, pervierte la pureza pero no regenera la maldad!

O por otra parte.

El país gime y se desangra en una guerra desastrosa. El resultado de esa guerra, cualquiera que sea el vencedor, será fatal para la libertad. ¿Porqué no hemos de escuchar estas palabras que nos bajan de los cielos? Libertad. Igualdad. Fraternidad. ¿Por qué no hemos de dar oídos más que al odio, y la voz de la razón ha de permanecer muda en nuestro pecho? Levantemos una bandera nueva, de regeneración y de paz. Todo el que rinda culto a las ideas inmortales de justicia, todo el que sienta en su pecho la aspiración al bien, todo el que tenga el firme propósito de trabajar por la felicidad de su patria, que venga con nosotros, cualquiera que sea el partido a que haya pertenecido, formaremos un nuevo partido, una congregación de hombres unida por el lazo invisible de una idea común, una misma aspiración, un idéntico propósito.

De estas dos maneras de proceder ¿cual es la más lógica y natural?

En el primer caso, el partido sería como un árbol sin vida. Día por día se desprenderían de su tronco los gajos secos y podridos. La sabia fecundante de la tierra, no penetrando ya por sus vasos y sus fibras, no podría reponerlos con otros nuevos y vigorosos.

Si ese partido, rechazase de su comunión a dos de los tres partidos restantes ninguna razón, fundada en sanos preceptos de moral, habría para que pudiese conservar en su seno la tercera fracción, ese gajo podrido de su árbol político.

El día, pues, que proceda de ese modo, ese partido se suicida. Si ese partido no va a sacar del fondo social la savia fecundante que le da nueva vida, se verá reducido como el árbol muerto a un tronco sin ramas y sin fuerzas que será derribado al primer viento de las pampas.

En el segundo caso, si se dice como nosotros, a los colorados: rechazad de vuestro seno todo lo que es impuro, todo lo que pervierte al partido, todo lo que lo esteriliza, todo lo que sirve de rémora a su mar-

cha; purificadlo de la sangre y del Iodo con que lo habeis manchado, y estamos con vosotros.

O bien, si el mal os invade, si no teneis fuerza para combatirlo y vencerlo, si el mal elemento va haciendo subir su marea hasta las mas altas cumbres, si os encontrais solos, aislados, impotentes, separaos de ese lago de fango y de sangre, venid con nosotros, trabajaremos juntos, y si en el presente nuestros esfuerzos son infructuosos, su semilla no se perderá, y dará á la patria, en el porvenir, dias mas plácidos y serenos.

Y á los blancos: no podemos salir de un lago de fango y de sangre para caer en un lago de sangre y de fango. No podemos rechazar á los hermanos de ayer para venir á abrazar á nuestros enemigos implacables. Rechazad de vuestro seno todo lo que hay de odioso, todo lo que hay de inícuo. Juzgad vuestro pasado con la severidad con que nosotros hemos juzgado el nuestro. Purificaos de las manchas que han echado sobre vosotros vuestros caudillos y vuestros ambiciosos, y estamos con vosotros.

O bien: si el mal os invade, si no teneis fuerza para combatirlo, ni vencerlo, si el mal elemento ha hecho subir la marea á las mas altas cumbres, si os encontrais solos, aislados, impotentes, separaos de ese lago de sangre y de fango, venid con nosotros, trabajaremos juntos, y si en el presente nuestros esfuerzos son infructuosos, su semilla no se perderá, y dará á la patria, en el porvenir, dias mas plácidos y serenos.

¿Cuál de estas dos, es la solucion natural, la solucion lógica, la solucion justa, la solucion moral, de nuestras inacabables divisiones?

Póngase cada hombre honrado la mano en el corazon y hallará la respuesta.

E. R.

La ostentacion del fratricidio.

En un precioso articulo que nuestro amigo Bauzá publicó en el 2.º número de *La Bandera Radical*, se leian estas palabras profundamente severas.

La leyenda del primer fraticida se reproduce entre nosotros. El hermano se arma para combatir al hermano; y las músicas y los festines y la alegría festejan un triunfo que Cain no se atrevió á confesar á Dios, pero que nosotros confesamos con todo el cinismo de un odio criminal.

Bauzá podia haber agregado algo mas aun; podia haber asegurado que no solo se confiesa con cinismo el fratricidio, sino que se le inventa para poder jactarse de sus forjadas glorias.

Cuando la lucha de los partidos degenera en lucha personal, nada mas hermoso que decir—tantos de mis enemigos sucumbieron!

El soldado piensa en su interior—esos menos me harán fuego—y el político que la dá de moderado esclama con toda buena fé:

Votos de menos para las elecciones futuras!

Y como cuando la lucha de los partidos degenera en lucha personal, la mentira necesita darles una vida ficticia para remplazar la vida real que la verdad les ha quitado, resulta infaliblemente que cada cual se atribuye de tiempo en tiempo una carniceria oportuna y la proclama á todos vientos.

De aquí depende que todas nuestros partes militares sean sangrientamente exagerados, por culpa del que los redacta ó del que los publica.

Un cuento al caso: El suceso de Casavalle no pasó de ser una persecucion sin fruto alguno. Suarez mandó el parte oficial dando mucha importancia moral al hecho pero diciendo vagamente que *el enemigo habia tenido algunos muertos y dejado en su poder algunos prisioneros*. Esto era cierto. Los blancos tuvieron como diez á doce muertos y dejaron como siete ú ocho prisioneros. El parte oficial se publicó, haciendo decir á Suarez que *los muertos pasaban de cien y los prisioneros de ochenta*.

¿Qué hubiera contestado el Gobierno, si alguno le pregunta—*donde están esos ochenta prisioneros?*

Con sus propios documentos, se le habría probado que mas de setenta prisioneros habian desaparecido del campamento de Suarez,—habian sido por consiguiente asesinados!

Que importaba este peligro!

Era necesario anunciar al mundo que cien orientales estaban muertos por manos orientales, y para apuntalar esta mentira se recurria á la otra mentira de los ochenta prisioneros inyisibles!

Esto que hizo D. Lorenzo Batlle, lo repite á cada paso todo gefe que pasa ó que recibe partes en cualquiera de la filas enemigas.

Se ostenta y se forja el fraticidio, como los calaveras decantan y exageran su libertinaje.

Ejemplo muy reciente nos ofrece el parte de un Sr. Fuentes sobre la derrota del Coronel Fidelis.

Es *La Revolucion*, de don Agustin de Vedia, el diario que ha dado á luz el documento:

Dice así:

«San Luis, febrero 1º de 1871.

«Señor general don Inocencio Benitez, gefe de las fuerzas del Norte del Rio Negro.

«Señor general.

«Participo á V. S. que el 25 de Enero último derrotamos completa-

mente al general Fidelis en el Paso de Goris en la Carpintería. Dicho general con una fuerza como de 180 hombres, pretendió sorprendernos, pero como yo tenía conocimiento de la marcha de Rivera para Tacuá-fembó, nos encontramos prevenidos.

«Cuarenta muertos, en su mayoría oficiales, muchos heridos, un jefe, tres oficiales, y cuatro soldados prisioneros, una bandera, considerable número de armas y caballos, y la total dispersion del enemigo son los resultados de este brillante combate.

«Por nuestra parte hemos tenido la desgracia de perder al valiente coronel Arangare y al teniente Meliton Rodriguez.

«Hemos tenido heridos á los valientes coronel Salvañach, mayor Barrera, capitán don Juan de la Cruz, y dos individuos de tropa.

«Los jefes que han peleado á mis órdenes, son el coronel Salvañach, los comandantes Borches y Gomez y el mayor Barrera, que se han portado brillantemente. Los comandantes Rosa y Frondoy han cumplido con su deber, siendo recomendable la comportacion de todos los oficiales y tropa, pues todos han rivalizado en coraje y decision.

«Los dispersos enemigos, en casi su totalidad se han refugiado al Brasil, á escepcion del titulado general Fidelis, que con 16 compañeros se dirigió á San Luis, donde se le ha reunido un tal Valeriano como con 20 hombres, y en cuya persecucion he llegado á este destino.

«Oportunamente pasaré á V. S. el parte detallado. Por hoy felicito á V. S. por el completo triunfo obtenido sobre el renombrado general Fidelis Páez da Silva y coronel Doroteo Enciso.

«Dios guarde á V. S.

«Juan Maria Fuentes.»

Como se vé en 180 hombres, murieron cuarenta, en su mayor parte oficiales; casi la cuarta parte de las fuerzas coloradas!

¿Es cierta esta matanza?

¿Puede suponerse que 180 hombres dejen cuarenta muertos en combate leal?

¿Habremos tenido otros degüellos?

Por nuestra parte sin poner en duda que se haya cometido alguno de los exesos repugnantes que manchan toda victoria de los actuales partidos, creemos que la cifra de la matanza es enormemente exajerada y que esta vez los blancos, se han dejado arrastrar por la monstruosa ostentacion del patricidio.

Y si esa matanza fuera cierta, repetiremos tambien como nuestro amigo Bauzá:

« Las madres de los tiempos futuros contarán á sus hijos, apretándolos contra su seno, que hubo una generacion de hombres de la mis-

ma raza y del mismo suelo que se devoró en los campos de batalla, para ofrecer al culto de una nueva Bowanie inexorable la sangre humeante de sus hermanos. »

Carlos Maria Ramirez.

¡Oídos y meditación!

I.

Aun resuenan en nuestros oídos, con harto cortas intermitencias, los alaridos del combate.

Los gritos con que se anima el victimario y los desesperantes ayes de las victimas del robo y el saqueo; son perpetuos.

Nos llegan desde las verdes colinas, desde los fertiles valles, de nuestra desgraciada campaña; retumbando en nuestros oídos, incesantes y continuos, como al habitante de las playas la voz del océano.

Para aquel, la variacion consiste en las gradaciones de sonido con que la mar lo arrulla, brisa ahora, fuertes ráfagas mas tarde, huracan despues.

¡Nunca las noches sin ruido! ¡nunca la apacible calma de los valles! ¡nunca el silencio solemne de las montañas!

Para nosotros; la variacion consiste en las apreciaciones de mayor ó menor robo, mayor ó menor saqueo, mayor ó menor crimen.

¡Que gradaciones!

¡Siempre la gradacion del mal!

¡Nunca la calma de la libertad en la paz! ¡nunca el crujir de la tierra que el arado rompe! ¡nunca el satisfecho y vespertino canto del aldeano, que vuelve al hogar, despues de ganar con una jornada de sudores el pan de una familia!

¡Que nos importa, que una faccion, que un bando, que un partido robe menos y mate mas, saquee mas ó viole menos!

En la escala del crimen ¿cien son acaso mas que noventa y nueve?

¿Que responsabilidad nos cabe, en la descomposicion moral, de ese centro en que vivimos y en el que agitamos nuestra intelijencia?

¿No seria lo mas digno, lo mas noble, lo mas justo, lo mas conducente, formar una reunion, un núcleo, un partido que no robe y que no mate; que no viole y que no saquee y que combata con enerjia en el terreno de la ley á todos los que lo hacen?

¡Meditemos!

II.

Niño ó jóven, tu, que conservas aun vivo el recuerdo del halda ma-

ternal, pero que has bebido ya los primeros tragos en la copa del saber;

Empiezas a comprender, que si la conciencia individual que sientes levantarse en ti; quebranta las cadenas paternas; arroja sobre ti mismo la responsabilidad y la garantia de tus actos, que en adelante debes deliberar.

¡Oyenos y medita!

Sueñas con alcanzar a ser un ciudadano y vas a serlo.

Dos partidos dividen tu desgraciada patria.

¿En cual te enrolarás?

Ya lo han hecho sin tu consentimiento. Todos cuantos te rodean te llaman *colorado* y en tus mas tiernos años te enseñaban a decirlo como una gracia infantil.

Tienes diez amigos, ó dos, ó uno, con quien has compartido el lecho a veces, el pan y los dulces del colejio todos los dias y tus estudios, siempre y sin embargo a ese tu amigo, a quien han dado los mismos consejos, han inspirado las mismas ideas de justicia, a quien han hecho, como tu, noble, bueno, y generoso le llaman *blanco*.

Le llaman *blanco* y eso quiere decir; que cuando seas hombre tendrás que combatirlo, que tirar sobre él y hasta te exigirán tal vez que le odies.

Quieren que seas como el hijo del bandido; bandido porque no conoce un estado social, que le sea mas adecuado.

Pero tú que tienes por tu amigo, el santo cariño de un corazon immaculado, que ries cuando rie, que sufres con sus dolores, que amas cuanto el ama, no quieres tener un sentimiento que no compartas, no quieres combatirlo, no quieres odiarlo.

¡Quien ha dispuesto asi de mi alma y de mi porvenir! esclamas.

¿Es esa una ley divina, fatal é ineludible? me preguntas.

No!

¡Oyenos y medita!

Una red de preocupaciones te oprime por todas partes, como al árbol gigante la tropical enredadera.

Medita, romperás tu cárcel y te emanciparás.

Llama a tu amigo y haced comparecer ante vuestra mesa de estudio, personificándolos por un momento, a los dos partidos que se matan y destruyen recíprocamente y que se reparten tu patria:

Deja expandir libremente tu alma, deja obrar sin trabar tu conciencia honrada, deja latir tu corazon sincero y yo conozco el veredicto de ese solemne juicio.

Dirá asi:

¡Partido colorado! tú meiste tu cuna entre el estruendo de una epopeya gloriosa.

Te formaste con los buenos y los justos, perseguidos y proscritos en la espléndida y dilatada cuenca del Plata.

En vez de conservar intacto el majestuoso estandarte, que esa tradicion te habia legado y que santificó mas tarde un crimen tremendo de tus adversarios; lo prostituiste y lo arrastraste en el cieno de las mas bajas pasiones.

Hiciste de la ley un manequi de tus mandones.

Hiciste de la moral política, el ludibrio de tus miserables.

Hiciste de las distinciones oficiales, la ganzua de tus salteadores.

Y por último, aunque engañando con la ilusion algunos buenos, robe el traje de la libertad que solo vestias en los dias de parada.

Eres tal vez mas culpable; porque has sabido perder lo que tenias; como es tal vez mas culpable la muger que ha conocido y apreciado la virtud y se prostituye, que la que nace, vive y muere en el vicio.

¿Podemos nosotros, que sentimos la idea intuitiva del bien, que sentimos levantarse en nuestro corazon el odio santo por el mal; pertenecer a ese partido?

¡No!

¡Partido blanco! Tu naciste en el corazon de un ambicioso *malo*, en las antesalas de un gobierno extraño.

Te formaste al rededor de los lebreles que azuzaba, contra su propia patria, un despota extranjero que vive todavia, condenado por la providencia a una larga soledad.-

Cometiste despues uno de los *crímenes célebres*, de la historia universal.

Tuviste tambien mas tarde tu gloriosa epopeya, que arrancó de la frente de tu adversario la corona del martirio.

Y esa epopeya hubiera sido de inmensa significacion para tí; sino hubieras cometido al hacerlo, la misma falta que cometias con razon, con justicia y con denodado valor; la falta de tu origen; llamar y traer de la mano, al extranjero para que venga a desgarrar el seno de la patria.

Y por último, aunque engañando con la ilusion algunos buenos, has vestido a tus miserables, a tus mandones y a tus criminales, como a la mona, de seda, con el traje de los libertadores y de los reivindicadores de las libertades públicas.

¿Podemos nosotros, que sentimos la idea intuitiva del bien; que sentimos levantarse en nuestro corazon el odio santo por el mal; pertenecer a ese partido?

¡No!

Hasta aqui jóvenes vuestro veredicto.

No es una ley divina, fatal é ineludible que haya de optarse entre uno y otro.

Sostenemos el bien, la moral y la justicia y ninguno de ellos representa sino sus negaciones.

Podemos equivocarnos en la apreciación de un pasado, puede sentirse en cualquier punto de historia, pero basta para unirnos, que vengamos á esta conclusión: que los dos partidos, en su estado actual, no representan ninguna aspiración legítima.

Combatamos pues á los dos.

Aunemos los esfuerzos y se habrá formado una reunión, un club, un partido.

¡Juventud, oyeos y medita!

III.

Ciudadano de la República Oriental, hombre lleno de inteligencia, de vigor y de fé, que te crees animado del mas puro patriotismo; porque abandonas el hogar y la familia para esgrimir el arma fratricida.

No venimos á detener tu fogosa carrera, con un nuevo obstáculo que escite tus nervios, convulsos por la fiebre de la lucha.

No venimos á arrancarte violentamente, de las filas en que formas.

No venimos á detener el golpe de tu nervudo brazo.

No, pero entre el tiro de fusil de hoy y el lanzazo de mañana: ¡Oyeos y medita!

Tu no eres el soldado máquina, el soldado inconciente de los reyes, sino el soldado inteligente de las democracias.

Ocultas entre los pliegues de tu blusa, *La Bandera Radical* y en vez de conceder largas horas á la holganza del campamento y del cuartel; lee y reflexiona.

No hace muchos años un ejército inmenso de ciudadanos de una gran república, asombró al mundo con su actividad y su valor, y era que la mochila de aquellos valientes, era una colección de folletos y de escritos.

Antes de comer, leían.

El pan del alma, antes que el del cuerpo.

Imítalos, hasta donde, en tu patria, te sea posible.

Oyeos y medita!

Eres noble, eres bueno, tienes horror á la sangre y sabes que el hombre no tiene el derecho de matar al hombre.

Date bien cuenta entonces del principio que representa la media luna de tu lanza.

Date bien cuenta del principio que te autoriza, te obliga y te im-

pele, á violar esa ley natural, gravado en lo mas íntimo de tu corazón y tu cabeza.

Pregúntale al partido en que militas, si ha redimido sus faltas, haciendo efectiva la libertad y las garantías públicas de la verdadera democracia.

Pregúntale al partido en que militas, si la guerra civil, para vencer á un adversario, debe llevarse hasta aniquilar; hundir, postrar y degradar á la patria.

De donde viene y quien tiene derecho á decretar el exterminio de una raza, de un partido, de una fracción, entre los hijos de un mismo suelo?

¿A que quedan reducidos entonces, esos principios de organización social que todos los partidos invocan?

Y es que nuestros actuales partidos, quieren que su adversario, se postre como el esclavo, para concederle que respire.

Por entre las bayonetas del cuadro observa á los maguates, que te guían y te impelen á la lucha.

Y dicen que defiendes el principio de autoridad, de la ley, ó que reivindicas los hollados derechos del pueblo.

Observa si respetan y cumplen esa ley que invocan; ó si hacen de ella una arma, mientras puede servirles para herir al adversario y un juguete despreciable cuando les estorba.

Observa si al reivindicar los derechos del pueblo, no empiezan por destruir lo mismo que quieren redimir. Destruir la propiedad, agotar las fuentes de toda riqueza, aniquilar y concluir con la patria y el pueblo; es la forma de redimirlo.

Pero es que para esos partidarios, como para los egoístas, la patria son ellos, el pueblo son ellos y son lógicos; se redimen.

Observa, indaga, reflexiona y descubrirás la espantosa realidad de esos partidos, que te envuelven en un vertiginoso remolino.

Date bien cuenta del principio que representa la media luna de tu lanza.

Acaba en hora buena y no desmayes en la obra en que hoy estas empeñado; pero ajusta tu conducta, para el porvenir, á las conclusiones de tu conciencia emancipada.

¡Oyeos y medita!

IV.

Virgen inocente, digna y amante esposa, madre amorosa y tierna, contamos con vosotras en nuestra propaganda de fraternidad y de paz.

Y tú eterna compañera de nuestros pesares y alegrías, alza muger, al cielo la limpia mirada de tu alma y romperás las ligaduras, con

que la perversion de las ideas, detiene las palpitaciones de tu corazon impresionable.

Quemas, ángel, tus alas, en la hoguera de nuestras pasiones políticas.
¡Oyenos y medita!

¡Como! la mensajera de amor, de caridad y de paz, ha podido contaminar mi corazon sencillo, en nuestras miserias y rencores!

Que cataclismo, que larga série de perturbaciones sociales se han necesitado, para hacerte cómplice y participe, en los horrores de la sangrienta refriega.

Te has convertido en instrumento del mal, aunque inconciente tal vez.

Lloras con harto pesar las pérdidas de tus amigos y tus correligionarios; mientras conced un tibio interes de forma, á los centenares de víctimas con que la guerra civil diezma á tus adversarios.

Mas todavía; baja al fondo de tu conciencia y responde, si cuando un encuentro ó una batalla se producen, no te regocijas mas cuanto mayor y mas numerosa ha sido la carniceria de los contrarios?

¡Cuanto mas han caido, mas próximos están tus amigos, de la victoria.

Los ayes y jemidos, el tesoro de tus lágrimas, lo guardas para cuando conozcas las *sensibles pérdidas* de tu partido.

Y esos, mujer, que caen en el opuesto bando, son como los que lloras, tus compatriotas, como ellos son amantes, hijos, esposos y padres que dejan, en pos de si, á mas del charco de sangre de su muerte, un largo reguero de lágrimas y sufrimientos.

Rebajas los sentimientos tiernos de tu sexo; manchas tu corazon y tu conciencia, cuando manchas tu túnica femenil, ó tus sedosos cabellos, con el simbólico color de los partidos.

Llena de candor, llena de fé, mantienes el fuego impuro del altar, bordando con tus manos delicadas, el símbolo, que ha de servir á separar el amigo del amigo, el hermano del hermano.

Preparas el estandarte que ha de servir de núcleo, á los que tienen por mision, cubrir de lodo y de ignominia, vilipendiar y vencer al estandarte contrario.

Y entre los dos intransigentes partidos, la hollada y escarnecida, es siempre la misma bandera, la bandera azul y blanca, la bandera de tu patria y de la mia; el pabellon Oriental.

Tejes y pruebas en tu cuello voluptuoso, las coronas de la victoria; sin fijarte que, como en los antiguos torneos, aquel á quien la dedicas, no puede llegar á tus plantas, victorioso, sino saltando sobre los cadáveres de sus compatriotas.

¡Que dejas entonces, para cuando resuene en la República, el grito tremendo de lo patria en peligro!

¡Que divisa reservas! ¡que corona nos guardas, para cuando el *gran enemigo*, golpee en nuestras fronteras, con el regaton de sus lanzas y quiera venir á lavar el sudor de su carrera, en las orillas del codiciado Plata.

Entretanto; cuando debieras vertir un perpetuo duelo, no oyes, entre el placer y la alegría, los sollozos de esa matrona augusta; mi pobre patria, madre desventurada, que llora, con lágrimas de sangre, los estravios de sus hijos.

No tienes, sin embargo, como nosotros, el corazon empedernido por la incesante lucha de la vida.

Ángel de bendicion, de amor, de caridad y de ternura, puedes estraviarte un momento, pero el iris de redencion se levanta con facilidad en el cielo de tu alma.

Contamos por eso contigo, en nuestra propaganda de fraternidad y de paz.

¡Oyenos y medita!

V.

Y tú, por último, primer majistrado de la República Oriental, baja algunas veces desde tu tribuna, hasta nuestras gradas de humildes ciudadanos.

¡Oyenos y medita!

Dices que la intolerancia y la intransigencia de los buenos, te ha dejado solo en la brecha.

Los acusas de haber dado el ejemplo de la anarquía y el desgobierno.

Arroja si quieres todo eso al gran libro de la Historia; pero dinos: ¿que piensas del porvenir?

Dinos ¿cómo te preparas para entregar el arca santa, que la nacion habia confiado á tu cuidado?

¿Que medios pones en juego, para no dejarnos en el caos de la bancarrota y de la mas espantosa arnaquia?

Yo quiero creer, todavia en la sinceridad de sentimientos, que ha dictado tu conducta; pero si solo los ajenos errores te han conducido al luctuoso presente; acredita esa sinceridad ante el juicio imparcial de la posteridad, con nuevos actos de patriotismo, en el momento solemne.

O quieres retirarte, tal vez al seno del hogar, cuando te plazca, dejándonos en los brazos el cuerpo mutilado, deshecho y ensangrentado de la patria.

Ese es hoy su lamentable estado y es preciso en consecuencia que la cures, ó dejes que la curen, pero pronto, muy pronto, antes que la

hemorragia la mate, antes que se canceren sus llagas, antes que sus heridas se gangrenen.

Yo no quiero agriar mas con mis palabras, el espíritu del mandatario, rodeado de peligros y dificultades.

Prefiero decir poco.

Prefiero callar la enumeracion de lo que, nosotros creemos tus faltas.

Prefiero para esperar á que obres y te rehabilites, no creerte un nuevo Mazeppa, amarrado al potro salvaje de tus tres pasados años de desquicio.

¡Oyenos y medita!

Pero si tu has tenido la razon, cuando todos erraban, si tanto vales si es tan recto tu juicio, tan sano tu criterio, tan alta tu inteligencia, tan digna tu conducta, tan enérgicas tus convicciones; ¿como te preparas á dejar el poder?

Y ¿que nos dejas?

¿Que haces?

¿Que piensas del porvenir?

¿Como justificas la necesidad al menos de tus hechos del pasado?

¿A donde vamos? ¿A donde vamos?

¡Responde!

O tienes la conciencia tan tranquila, que esperas acaso, rodeado de tus lictores, poniéndote obeso en tu silla curul que el poeta repita sobre las ruinas de tu patria.

*¡Esos Fabio! oh dolor ¡que ves ahora
Campos de soledad, místico collado,
Fueron un tiempo, Itálica famosa!*

J. A. V.

Una cartita al Sr. Dn. José Cándido Bustamante.

Leyendo *La Tribuna* del martes próximo pasado, nos sorprendió el párrafo siguiente, á propósito del último número de *La Revolucion*.

« Notamos que en un artículo se le hacen grandes piropos á *La Bandera Radical*. Eso francamente no abona mucho ni en favor de la idea « ni del periódico. Al fin tenemos que los *aparecidos* todos son *radicales*, y que si no han ingresado en el Club de los Pirineos, la única causa es Bustamante, á quien están encomendadas las puertas de la cárcel, y un poquito mas adelante las del Cabildo, que aunque en la opinion del mariscalazo don Bernabé no sea punto de gran importancia sino para el momento despues de haber entrado los 500 *griegos* á

« media rienda por las calles de la nueva Troya, saltando por encima de « trincheras, soldados y cañones, tenemos para nosotros que es el punto codiciado de los blancos desde mucho antes del 19 de febrero hasta fecha, y lo seguirá siendo.

« Vayan echando la vista nuestros lectores y diviértanse con la radical *Revolucion*.»

En el acto dirijimos al señor director de *La Tribuna* algunas líneas de rectificacion, que nuestro cólega no ha tenido la caballerosidad de publicar.

Si el señor director de *La Tribuna* se ha visto aludido en alguna parte de esas líneas, culpa será de su conciencia escrupulosa y no del escritor inofensivo.

Hé aqui la carta á que nos referimos:

Señor director de *La Tribuna*.

Muy señor mio.

No creo que por tener ideas opuestas en política, me niegue V. un lugarcito en las columnas de su diario, para ractificar ciertas observaciones que hace V. sobre los *radicales* y los *aparecidos*.

Esperar hasta el domingo se aviene tan mal con la impaciencia natural de mi carácter!

Por otra parte—¿qué perjuicios puede causar á nadie una prédica tan detestable y desprestigiada que hasta mis mejores amigos se ven obligados á salir á la prensa para que no los crean contaminados con la impureza letal de mis doctrinas?

Lo que quiero negar, señor director, es que todos los *aparecidos* sean *radicales*, como V. lo afirma sin embozo.

El mismo artículo que V. trascribe, prueba que *La Revolucion* rechaza las ideas de *La Bandera Radical*; pero no se necesita tal artículo para demostrarlo á la evidencia.

Un diario que se llama *Revolucion*, aplicando esta palabra al movimiento de Aparicio, como otro diario que se llamase *Autoridad*, aplicada esta otra palabra al Gobierno de don Lorenzo Batlle, no puede aceptar el programa de *La Bandera Radical*.

La Bandera Radical niega que Aparicio sea *revolucion* y que Batlle sea *autoridad*.

La Bandera Radical sostiene que son *guerra civil* los dos.

Sobre esas dos fuerzas sin derecho, ó con igual derecho, segun el aspecto bajo el cual se consideran las cosas, *La Bandera Radical* quiere el principio de la soberanía del pueblo, que es la consagracion suprema de todos los derechos y del derecho en todos.

Tal es nuestro delito.

Este delito no es, pues, ni la virtud de los que pelean con Aparicio, ni la virtud de los que pelean con Batlle.

Por otra parte á mi no me asustan, y creo que tampoco asusten á mis amigos, los *piropos de los aparecidos*, como no nos asustarian los *piropos de los bustamantistas*; muy al contrario, los recibiríamos con gusto, siempre que se dirijiesen á nuestras ideas aceptadas con sinceridad y buena fé.

El señor director de *La Tribuna* puede seguir guardando las puertas de una cárcel donde á menudo están los inocentes, que yo continuaré trabajando para edificar en el corazon de todo hombre honrado una cárcel segura de donde no se escape ninguno de los criminales que andan sueltos y tienen posicion encumbrada en los partidos actuales de mi pais.

Saluda á V. atentamente.

Carlos Maria Ramirez.

SjC. Febrero 14 de 1871.

El antecedente histórico de la idea radical.

Pensábamos escribir un estenso artículo sobre el tema que estas palabras indican, pero la aglomeracion de materiales nos impide hacerlo en el número de hoy, teniendo que limitarnos á trascibir un documento de la mayor importancia, porque en él están reasumidas las ideas y las aspiraciones de los principales hombres del partido colorado y del partido blanco, poco tiempo despues de terminado el sitio de Montevideo.

Lea la juventud; lea y medite la juventud que persiste en perpetuar como programa práctico de un partido de principios, tradiciones que relegaban al juicio de la historia los mismos actores del grandioso drama.

Por hoy no podemos entrar en comentarios; recomendamos una vez mas la lectura del programa y el exámen de las firmas, elejidas entre las muchas que suscribieron entonces el pensamiento de un *partido nuevo*.

Habla la historia:

Programa.

DE LA SOCIEDAD DE LOS AMIGOS DEL PAIS.

(Formulado á fines de 1852.)

La pacificacion de la República en Octubre de 1851 hizo nacer en todos los ánimos grandes esperanzas de prosperidad.

Un año ha transcurrido y no viendo realizadas esas esperanzas, la

duda, la inquietud, el malestar han sucedido á la lisonjera expectativa de los primeros dias de la paz.

La prolongacion de semejante estado de cosas, originando el descontento, traeria cuando menos la indiferencia por el sosten del órden constitucional, y por consiguiente el fácil trastorno de la República; mientras que la prontitud con que el país reporte en todo sentido los beneficios de la paz, hará por el contrario que la decision de sostenerlo sea enérgica en todos los ciudadanos.

Por laudables que sean los propósitos de la administracion, ella no podrá sacar al país de la fatal inercia del último año, sin la cooperacion activa de una opinion inteligente que allanándole resistencias y dificultades segunde ó impulse su marcha.

Tal opinion no se formaria desde luego sin el concurso de muchos esfuerzos individuales á un mismo pensamiento, poniendo asi al servicio de nuestro progreso el alto principio de asociacion á que debe el mundo prodigiosos resultados.

Convencido de ellos, y en el empeño de reunir á todos los buenos orientales en la obra de la felicidad de la patria, los ciudadanos que suscribimos, tratando de echar las bases de una asociacion, que fuerte por su número, por la santidad de sus fines y la publicidad de sus compromisos, apresure la época del bien de la República, nos hemos encontrado acordes en las declaraciones siguientes:

Dejamos á la historia y á la opinion el juicio de lo que fué, asi respecto de los sucesos como de los hombres, no reconociendo mas juez que la historia para decidir de que parte haya estado el error político, ni mas juez que la opinion para juzgar los extravios individuales—Solo el crimen y la inmoralidad no tienen derecho por lo pasado á mas consideracion que el olvido y el desprecio.

En caso de necesidad de apreciar hechos pasados para resoluciones de efecto en lo venidero, buscaremos su apreciacion en la solucion de Octubre de 1851, aceptada por todos los orientales como el punto de partida de la nueva era constitucional.

Si ocurriesen dudas en la interpretacion de la convencion de Octubre, nos esforzaremos porque sean resueltas con arreglo á las prescripciones de la Constitucion del derecho de gentes, de la justicia ó de las conveniencias del país.

En lo presente y para lo futuro queremos á todo trance

El imperio de la ley;

La realidad de la Constitucion;

El mantenimiento de la paz;

La consolidacion del órden;

La obediencia á la autoridad;
 El sosten del gobierno constitucional de la República;
 La sucesion constitucional de los Presidentes;
 La moralidad en el gobierno;
 La pureza en la administracion;
 El afianzamiento del crédito público;
 La pronta accion de la justicia ;
 El progreso de la República por todos los medios que conduzcan á mayor civilizacion y prosperidad.

En estos mismos deseos como lo reconoció la misma Asamblea General Constituyente en su manifiesto « no será posible alcanzar jamas « una perfecta consonancia de ideas y pensamientos; pero los trastornos que resultan de la diversidad de opiniones, cuando se salvan las « formas constitucionales producen un efecto pasajero que no ataca inmediatamente á la sociedad, y las personas quedan garantidas de sus « resultados. »

Para que los trastornos señalados por la prevision de nuestra Constituyente sean aun menos sensibles, nos proponemos *tolerancia y respeto por las opiniones disidentes de las nuestras* y sinceridad y *moderacion* en el sosten de los propios.

Entre los medios conducentes á la consecucion de los fines que dejamos enumerados, fijamos estos á nuestra línea de conducta:

Por lo que hace al exterior—el respeto de los tratados con las potencias extranjeras, la lealtad y buena fé en el cultivo de las relaciones amistosas con todas las naciones: la concesion á su comercio de todas las franquicias compatibles con las exigencias del Estado; la proteccion eficaz de las leyes á sus ciudadanos, propiedades y derechos; y por último la estincion de las antipatías contra el estragero que la guerra civil haya podido engendrar, sublevando pasiones bastardas que la generosidad del patriotismo Oriental rechaza.

Por lo que hace al interior—la contraccion al desenvolvimiento de los intereses materiales y absoluta prescindencia de cuestiones de vana teoría y de personalidad estéril.

En ese sentido, promoveremos incansablemente:

La introduccion y desarrollo de toda industria que prometa al país riqueza, ó bien estar á los ciudadanos;

La inmigracion extranjera por todos los medios directos é indirectos que estén al alcance del Estado y de los particulares;

La educacion moral, intelectual y material del pueblo;

La importacion de capitales extranjeros;

La plantacion de seguras instituciones de crédito:

El crecimiento del comercio, de la agricultura y del pastoreo.
 El ensanche de la navegacion á vapor de nuestras costas y rios.
 La multiplicacion de las vias y medios de comunicacion al traves del territorio:

En una palabra; cuanto tienda á la opulencia de la nacion.

Reunidos para trabajar para tan inmenso objeto y comprendiendo *que esto traerá naturalmente la existencia de un partido*, declaramos que *consideramos un mal para el país el modo con que los partidos han hecho sentir hasta ahora su vida pública*; declaramos que si podemos llegar á ser un partido político, rechazaremos con todas nuestras fuerzas *cuanto pueda contribuir á la existencia de un partido personal*.

La dificultad de la tarea es inmensa y no dudamos que concurrirán á ella todos los ciudadanos que entiendan como nosotros el interés de la patria, ó que animados del mismo patriotismo se consideren en aptitud de mejorar nuestro programa:

José M. Muñoz, (presidente provisorio de la sociedad,) Jaime Estrázulas, Joaquin Requena, Pedro P. Olave, Martín Garcia de Zúñiga, Melchor Pacheco y Obes, Lorenzo Batlle, Salvador Fort, Enrique Muñoz, Estanislao Vega, Francisco Hordeñana, Francisco Magariños, Carlos Anaya, José Tomas Rodriguez, Laureano Anaya, José Zubillaga, Carlos Muñoz, Francisco Morán, Juan Carlos Gomez (secretario), Fermín Ferreira, Leon Zubillaga, Wenceslao Paunero, Constantino Lavalleja, Pedro Bustamante, Manuel Flores, Vicente Espinosa, Juan Atanasio Lavandera, Floro Rucker, Juan Leon de las Casas, Gregorio Conde, Mariano Lavandera, Luciano de las Casas, José Maria Castellanos, Conrado Rucker, Miguel Alvarez, Saturnino Alvares, Luis Otero, Juan Peñalva, José G. Palomeque, Miguel Solsona, D. Tiburcio Cachon, Juan P. Zavalla, Manuel Figueira, Carlos de San Vicente, Antonio Solona, Carlos Arteaga, José M. Solsona, Leon Pereda, Rafael Jimenez, Francisco Tajés, Manuel Freire, Alberto Flangini. Julian Susviela, J. Caetano C. Alvarez, Luis Magariños, Francisco Ageñ, Adolfo Rodriguez, Marcelino Mezquita, J. C. Neves, Juan Manuel de la Sota, Manuel Acosta y Lara, Antonio M. Perez, Ruperto de las Carreras, Plácido Laguna, Doroteo Garcia, Eduardo Acevedo, Javier Lavina, José M. Plá, Prudencio Echevarriarza. Federico Jiró, Mateo Magariños, Clemente César, Ambrosio Velazco, Atanasio Aguirre, Manuel N. Tapia, José M. Aguirre, etc. etc. etc.

La palabra de un patriota.

Días hace publicó el *Ferro-Carril*; de esta ciudad, una carta de nuestro compatriota don Aurelio Berro, una carta poco estensa, pero impregnada de generosos sentimientos y de nobles aspiraciones.

Si todos los blancos y todos los colorados hicieran declaraciones semejantes á los que ha consignado el señor Berro, la horrible lucha en que agoniza esta República terminaría por un abrazo de reconciliación eterna.

Antes que el partido, la patria—esta es la consigna que deben abrazar todos los buenos.

Ya lo preconizaba D. Juan Carlos Gomez cuando en 1855 decia: *blancos y colorados son antes que todo orientales.*

La palabra del Sr. Berro es la primera que de las filas blancas se hace escuchar con el deseo sincero de la paz, estirpando las causas que nos conducen á la lucha fatalmente.

Y sin embargo, el Sr. Berro no ha merecido el honor de que la prensa sería trascribiese su importante carta.

La Bandera Radical repara esa injusticia de partido, y, aunque en distinto campo todavía, saluda al Sr. Berro como un patriota verdadero y como un amigo de causa en el futuro.

Hé aquí la carta á que nos referimos:
Señor director de *El Ferro-Carril*.

Muy señor mio:

He visto con disgusto que no basta vivir completamente alejado de la política y entregado al trabajo honesto, para ser respetado siquiera en las opiniones íntimas que cada uno tiene el derecho de profesar.

En un comunicado inserto en su diario de ayer mencionando no sé por que, mi persona, se dice implícita ó esplicitamente lo siguiente: «Que he sido invitado á formar parte del *Club Radical*; que me negado á ello porque deseo el triunfo de la revolución; que soy blanco bueno y que sin embargo aplaudo á Quinteros y condeno á Paysandú.

Aunque no estoy obligado á dar cuenta á nadie de lo que pienso, al menos para que los dieres de *El Ferro-Carril*, no pasen como autoridad de cosa juzgada; creo conveniente contestar.

1º Que no he recibido mas invitación para formar parte del *Club Radical* que es la que dirige el señor Ramirez en su folleto á todos los orientales; y que si no me he adherido á ese club es por razones mucho menos pequeñas que las que el remitidista supone.

2º Que en cuanto á mis deseos sobre el resultado de la contienda actual, lo que puedo asegurar es que si me diesen á elegir entre el triunfo del *partido blanco* y el triunfo de las ideas proclamadas por don Carlos María Ramirez; de todo corazón y sin vacilar optaría por el segundo término, pues entre mi patria y mi partido estoy decididamente por mi patria.

Y finalmente—que no sé si soy blanco bueno ó blanco malo; pero

siento que amo el bien y detesto el mal; que no aplaudo ni aplaudiré jamás á la muerte de mis semejantes y por consecuencia mis opiniones sobre Quinteros y sobre Paysandú, son las únicas que pueden emanar de aquellos sentimientos que me hacen mirar las crueldades de los blancos con los mismos ojos con que miro las de los colorados.

Bastando lo que precede para llenar mi objeto que es solo de rectificar las aseveraciones del comunicado á que me refiero, suplico á su autor que no vuelva á ocuparse de quien como yo ni figura en política, ni aspira tampoco á ello.

Esperando que vd., se digne publicar esta me suscribo.

Su atento servidor.

Aurelio Berro.

Montevideo, Febrero 11 de 1871.

LOS PALMARES.

NOVELA ORIGINAL DE
CÁRLOS MARIA RAMIREZ,
(Continuacion.)

X.

Dos días despues, era domingo, y Miguel elegantemente vestido á su manera llegaba de mañana á los *Palmes*.

María Angélica andaba por el patio en sus alegres y simpáticas tareas. Miguel se le acercó con afectuosa seriedad, la saludó y sacando un atadito por debajo de su poncho blanco á listas rojas, le dijo suavemente.

—Aquí traigo dos cosas para V.—un nido de pica flor y una planta muy bonita que encontré en el monte.

—A ver, á ver, exclamó la niña tomando el atadito entre sus manos. Ay! que precioso el nido; otro igual que yo tenia se ha deshecho. Nunca había encontrado plantas de esta clase.... puede ser que prenda....

—Sí, ha de prender, plantándola pronto.

—Bueno, voy á guardar el nido y vuelva con eso vamos al jardín. V. que la arrancó me hará el favor de acomodarla.

Miguel fué á saludar á Doña Salustiana y poco despues María Angélica lo llamó desde la verja de la quinta.

Así que llegaron al jardín, Miguel se puso á trabajar en el encargo recibido mientras María Angélica andaba arreglando con cuidado los gajos y los botones de sus plantas.

—¿Ha concluido? preguntó despues de un rato María Angélica.

—Sí, ya quedó bien, le respondió Miguel.

—Vamos entonces pronto porque el sol está muy fuerte, y la niña echándose la pollera del vestido sobre la cabeza salió corriendo adelante de Miguel.

Cuando llegaron al patio, Eduardo estaba allí tomando mate. Leon, que era el sebador le hizo una guiñada, acompañada de un movimiento de cabeza hácia el lugar en que venia la feliz pareja. Eduardo se dió vuelta impacientado por las confianzas que se tomaba aquel muchacho. Miguel entró á las piezas del capataz y allí estuvo todo el día.

Don Félix y Doña Salustiana trataban á Miguel con gran cariño, cada cual á su manera—Don Félix conversándole de las manadas, de los animales perdidos, de la seca y otras cosas por el estilo—Doña Salustiana haciéndole mil preguntas acerca de su familia y de su vida.

María Angélica, que como todos en el campo respetaba estrictamente el descanso del domingo, estuvo todo el día sentada en el mismo cuarto donde conversaban sus padres con Miguel, y desde allí veia pasar y repasar á Eduardo que unas veces iba para la quinta y otras se paseaba por el patio á pasos lentos.

—Está tan aburrido, repetia doña Salustiana al verlo, que anda al rayo del sol caminando sin saber que hacer.

María Angélica entonces dirigia á Miguel cualquier pregunta suelta y sin relacion con el asunto de que se estaba hablando; una pregunta necia y sin sentido casi siempre.

Llegó la hora de la tarde y se repitió como los días anteriores la escena del corral. Eduardo encontraba siempre una espresion estraña en aquellos grandes ojos verdes que apenas osaban dirigirle una mirada de relámpago. María Angélica le alcanzaba el vaso de leche y se alejaba; despues volvia por los fondos de la quinta y ayudaba á su madre atando los terneros al palenque. Miguel estaba lejos, acupado de acomodar á sogá su caballo.

Cayó la noche, y María Angélica como tenia costumbre en esos días fué á sentarse en el umbral.

—Muchacha ven acá donde estamos todos conversando, le dijo Don Félix con mal modo.

Cuando Eduardo fué á colocarse en su ventana, María Angélica estaba al lado de Miguel, sentados ambos en el humilde comedor de la familia. Don Félix y doña Salustiana debian estar enfrente, pero Eduardo no alcanzaba á verlos.

Miguel habia cruzado la pierna izquierda sobre la derecha y afinaba una guitarra. Larga es esta operacion de los paisanos y Eduardo estuvo

por gritar al guitarrista que acabara de una vez aquel monótono y lento ensayar de cada cuerda en todos tonos y semi-tonos posibles.

Al fin rompió la música, y en seguida el canto; Miguel tenia una voz trémula y suave; su mano arrancaba á la guitarra sonidos armoniosos y agradables. Cantó unas décimas sobre las flores del campo, descansó un rato y empezó despues unas décimas de amor.

Habia aquella noche en los *Palmares* mucha gente y los perros ladraban con frecuencia; asomabase á la puerta María Angélica, salia afuera alguna vez y volvia despues diciendo fuerte:

—Que incómodo los perros no nos dejan oír á gusto el canto de Miguel.

Concluyeron las décimas de amor; don Félix y doña Salustiana alabaron á Miguel. La costumbre ha determinado ya lo que debe hacerse en esos casos; Miguel quedó serio y callado templando el instrumento y cantó al rato una despedida á los dueños de la casa.

Don Félix se adelantó á darle un vaso de agua con ginebra; la tomó el cantor, se la bebió de un trago y se retiró en seguida dando la mano á cada uno.

—Buenas noches, dijo Miguel al pasar por delante de la ventana en que estaba Eduardo recostado.

—Vaya con Dios amigo, contestó Eduardo.

Era la primer vez que se saludaban cara á cara.

XI.

Tardaban las carretas en que debia llegar el amueblado para la alcaoba de los novios, pero Eduardo no estrañaba ni sentia la demora.

Corrian para él los días en medio de aquellos edilios pintorescos. Su espíritu se sentia libre de cavilaciones y desasosiego; su vida parecia aclimatarse con placer al reposo de aquella naturaleza hospitalaria y á la sencillez de aquella gente humilde.

María Angélica huia la presencia de Eduardo con estudio. Si Eduardo entraba al cuarto de Doña Salustiana, María Angélica dejaba su costura y salia á visitar sus flores; cuando Eduardo pasaba por la verja de la quinta, María Angélica que lo apercibia desde lejos por entre medio de los troncos de los árboles, se escapaba con presteza escurriéndose á traves de alguna de las aberturas que ofrecian los membrillales del cerco.

Eduardo se encontraba solo y no atinaba á comprender donde se escondia María Angélica.

Un día sin embargo, en que Eduardo caminaba por los fondos, sintió ruido hácia un lugar en que clareaba la espesura del ramaje; cuando logró asomar la cabeza hácia afuera de la quinta, despues de haber

apartado con trabajo las espinas, ya María Angélica iba lejos, corriendo en dirección hacia las casas.

Al día siguiente volvió Eduardo al lugar de su aventura pero no encontró a nadie ni vió nada.

Así pasaba el tiempo, y el dandy de Montevideo no lo encontraba pesado ó fastidioso.

Llegó por fin el moviliario nupcial y empezó á arreglarse el cuarto de los futuros esposos. Doña Salustiana y María Angélica ayudaron á Eduardo en el acomodo que duró desde medio día hasta la noche.

María Angélica repasaba los muebles y Eduardo se acarcaba á enseñarle como debía hacer para dejar bien limpias las molduras, ó los espejos, mientras Doña Salustiana se ocupaba de coser los paños de la alfombra.

María Angélica se ponía á ratos colorada y trabajaba con afán; Eduardo no se alejaba de ella.

—Es preciso que estos muebles queden muy bien lustrados, decía Eduardo dirigiéndose á Doña Salustiana.

Poco á poco María Angélica fué perdiendo la impresion estraña que parecía causarle la proximidad de Eduardo. Sus ojos empezaron á mirar con naturalidad serena; sus movimientos empezaron á ser mas desembarazados y mas libres. Concluía de hacer alguna cosa y en seguida preguntaba.

—¿Qué mas quiere que haga, Don Eduardo?

Llegó el momento de colocar la perfumeria en el tocador; María Angélica alcanzaba los delicados utensilios y Eduardo los iba acomodando en su lugar.

—Este frasco grande debe ir aquí ¿no le parece?

Nada respondía María Angélica al principio:

Eduardo repetía la pregunta á cada objeto que tomaba.

—V. sabrá, se animó á contestar la pobre niña.

Al último, ya daba su opinion con cierto aplomo; Eduardo deshizo el acomodo de los frascos porque María Angélica lo encontraba desairado.

—Las mugeres tienen un don especial para estas cosas, dijo Eduardo volviéndose amablemente hacia Doña Salustiana que seguía su costura.

Duró mucho tiempo el arreglo del tocador.

—Tengo una idea, exclamaba María Angélica y se ponía á cambiar todo lo hecho.

Eduardo le desaprobaba el plan y empezaba de nuevo la tarea.

Daba siempre la casualidad de que las manos de María Angélica y

Eduardo se tocaban al pasarse los frascos de agua de olor ó los tarros de pomada.

—Ay! gritó derepente María Angélica cubriéndose de palidez.

Un precioso frasco verde se le habia caído de las manos haciéndose pedazos; el agua de Lubin corría sobre el lavatorio.

—No es nada, no es nada, dijo Eduardo, tantos acomodos y desacomodos hemos hecho! Pero vea señora, como ha quedado la cara de su hija!

Y Eduardo reía á carcajadas mirando la palidez de María Angélica; María Angélica concluyó tambien por reirse.

—Qué muchacha loca! dijo doña Salustiana; voy á buscar un paño para secar ese mueble.

En el fondo del frasco habia quedado un poco de agua; Eduardo la derramó en silencio sobre las trenzas de María Angélica, que no hizo un leve gesto.

Entró doña Salustiana y en menos de un minuto quedó pronto el tocador con su perfumeria lujosa.

—Ya que me ha roto uno de estos frascos verdes, tome el otro, dijo Eduardo á María Angélica con aire cariñosamente regañon.

Ella lo recibió al momento, y sin dar las gracias salió para guardarlo en el fondo de su baul.

Fué necesario despues poner la colgadura y las cortinas.

Eduardo era el que subía y María Angélica le sujetaba la escalera.

—No tenga miedo, le contestaba María Angélica, y los dos se reían con la mayor ingenuidad.

Eduardo tenía mucha dificultad en acomodar aquellas cosas que nunca habia tocado.

—No entiendo estas historias, exclamaba á cada paso muy alegre.

—Lo que está haciendo es arrugar la muselina, respondía María Angélica enojada.

De cuando en cuando, desde lo alto de la escalera, Eduardo se quedaba distraído mirando para abajo; María Angélica entonces llevaba maquinalmente las manos á su cuello y se cruzaba las solapas del vestido.

En medio de esos innumerables incidentes, quedó concluido el elegante y primoroso arreglo de la alcoba. María Angélica parecía alegre y miraba con indiferencia todo aquello como si estuviera acostumbrada á ver los refinamientos del lujo—la pobre niña que no conocía en su cuarto sino el humilde catre y las paredes desnudas donde colgaba sus cla-veles del aire y sus imajenes!

Doña Salustiana se encontraba embelesada al contemplar el aposento.

—Ah! Sr. don Eduardo, dijo al salir de allí, el cuarto no puede estar

mas lindo; solo falta que la novia sea tan linda como el cuarto!

Eduardo se sonrió; Maria Angélica clavó en él sus grandes ojos verdes y quedó petrificada.

Dos veces tuvo doña Salustiana que llamarla para hacerla volver sobre sí misma.

SUeltos Diversos.

Lo de siempre.

Como en los números anteriores, damos hoy ocho páginas mas de las prometidas, y sin embargo nos ha escaseado el espacio para la revista de la semana y otros materiales importantes.

Los *Palmares* han sufrido á última hora una mutilacion considerable, pero para el número siguiente prometemos reparar esa omision

En el futuro, hacemos propósito de dar hasta cuarenta y ocho páginas si así exige la aglomeracion de materiales.

Los partidos y el porvenir.

Con este título acaba de publicarse un interesante folleto, cuyo autor es el jóven argentino D. Francisco A. Berra.

Lejos de encerrarse en él, como lo habia dicho cierto diario, una refutacion de *La guerra civil y los partidos*, vemos en el fondo confirmadas todas las apreciaciones que acerca de los actuales partidos ha hecho D. Carlos Maria Ramirez, á quien el Sr. Berro dedica su importante opúsculo.

En nuestro próximo número, este periódico se ocupará detenidamente de la publicacion á que nos referimos.

Fraternidad de ideas.

Algunos de nuestros cólegas de Buenos Aires siguen apoyando calorosamente la práctica de *La Bandera Radical*, que ellos mismos habian anticipado al ocuparse con simpatía de los sucesos de la República Oriental.

Sentimos no tener espacio para transcribir los artículos de nuestros cólegas bonaerenses, que enviamos á todos ellos, y muy especialmente á *La Tribuna*, como á la *Revista Económica*, el cordial saludo que se deben los compañeros de causa, haciendo votos porque tengamos todos la fé y la constancia necesarias, para llevar adelante las únicas ideas que pueden evitar la degradacion y la muerte á la nacionalidad Oriental.

Otro que se queda atras.

El señor doctor don Francisco Labandeira, condiscípulo y amigo del director de *La Bandera Radical*, escribe en la *Revolucion de Aparicio*, un estenso artículo sobre la *Guerra Civil y los partidos*.

El señor Labandeira, á pesar de toda su ilustracion y de todo su talento, conserva todavia, como el que mas, las pobres y lastimosas ilusiones del viejo partidario; tiene el velo negro que le impide ver la luz del sol.

Lo compadecemos con sinceridad, y señalamos con dolor esta nueva defecion que sufre la causa de la regeneracion de la patria.

Documento histórico.

Llamamos la atencion de los lectores sobre el programa de la *Sociedad de los Amigos del Pais*.

En esas fuentes puras debe la juventud beber la verdad histórica de los antiguos partidos.

Postergacion.

Dejamos para el domingo que viene la publicacion de un artículo sobre la situacion financiera de la República y otros varios de interés económico.

A los agentes de campaña.

Prevenimos que se han hecho con puntualidad las remesas convenidas. Si faltan, no es por culpa de la administracion de este periódico.